

CON 300 MUERTOS DE FUERZA

Poesía (muy) contemporánea de El Salvador



Vladimir Amaya (compilador)



Ediciones Ástor

CON 300 MUERTOS DE FUERZA

Poesía (muy) contemporánea de El Salvador

Vladimir Amaya (compilador)



Ediciones Álastor
2017

Con 300 muertos de fuerza. Poesía (muy) contemporánea de El Salvador se publicó como un libro gratuito en formato *.pdf* en la edición número 2 de la revista *Álastor* (enero-marzo, 2017).

AUTORÍAS

Compilación: Vladimir Amaya.

De los poemas: Los autores.

Edición: Carlos M-Castro.

Ediciones *Álastor*, 2017

Sangre, polvo y oxígeno

Presentamos una breve selección de poetas salvadoreños nacidos entre 1981 y 1994. Autores que, con distintas voces, matices y enfoques, abordan la vida histórica y personal; su vida y la vida de quienes los rodean.

Una poesía terrestre, de sangre y de polvo, palabra joven de un pequeño país, el más pequeño en cuanto a territorio en Centroamérica, pero grande en su abandono y en su violencia sin sentido, lamentablemente.

Una vez más la poesía vuelve a ser ese necesario tanque de oxígeno en tiempo de crisis y cortinas de humo.

Vladimir Amaya

CON 300 MUERTOS DE FUERZA

Poesía (muy) contemporánea de El Salvador

ROGER GUZMÁN
ROBERTO DERAS
ELENA SALAMANCA
LAURA ZVALETA
EFRAÍN CARAVANTES
MIROSLAVA ROSALES
ALBERTO LÓPEZ SERRANO
MANUEL RAMOS
JONATHAN VELÁSQUEZ
DENNIS ERNESTO

Roger Guzmán

Nació en San Salvador el 21 de julio de 1981. Perteneció al taller de poesía de La Casa del Escritor que dirigió Rafael Menjívar Ochoa (1959-2011).

Obra publicada

Un sitio sin lugar (poesía, San Salvador, 2010)

Me ahogo, me ahogo, me ahogo (poesía, San Salvador, 2015)

Óxido, pena y verdugo (poesía, San Salvador, 2016)

Me ahogo, me ahogo, me ahogo

(Fragmento)

*¡Qué edificante espectáculo hemos dado nosotros
Con nuestras llagas, con nuestros dolores!*

NICANOR PARRA, POEMAS Y ANTIPOEMAS

II

Vomito.

Vomito hombres
que vomitan a otras maquinarias y a otros fetos.
Vomito la tormenta
que se alimenta con los pedazos del cielo que se desmoronan.
Vomito un desierto y hastiado me rasgo la garganta,
vomito cielos que enseguida se caen,
vomito tormentas
que agrietan al horizonte,
lo pintan de gris.
Pero me he rasgado la garganta
y lo mancho con mi sangre.

(No me duele nada,
quizá algún día me dolió algo
pero ahora el dolor me aburre).

Vomito sobre mi madre y ella me acaricia.
Me molestan sus manos y la golpeo con todas mis fuerzas.
Da un grito
de placer,
de nuevo vomito.

Muchas mujeres vienen a acariciarme.
Les canto un rap a sus traseros,
golpeo sus traseros,
gimen,
el cielo se desploma y las aplasta.
Vomito un paisaje tropical,
más mujeres vienen a acariciarme.
Mi madre ríe con una lágrima.
Busco a mi padre.
Vomito a muchos padres.
Se esfuman.
Las mujeres persisten y gustan de los golpes.
Los hombres se asesinan entre ellos.
Las máquinas hipnotizan a las personas.
Las máquinas reproducen mujeres y hombres más perfectos.
Los hombres matan a las mujeres.
Los hombres buscan mujeres porque las necesitan.
Se matan.
Las máquinas escupen fuego,
yo escupo fuego.
Todos decidimos quemar al mundo con nuestra saliva.
Queremos quemarnos.
Tenemos que llevar a las brujas a la hoguera.
Ellas también vomitan.
Nos rasgamos la garganta.
Intentamos gritar.
Nadie nos escucha.
Somos dragones.
Las brujas vomitan.
Las montañas vomitan.
Las máquinas vomitan.

Los hombres vomitan.
Somos dragones.
Las palabras queman.
Nuestros ojos queman.
Tenemos frío.
Tanto fuego nos ha dado frío.
Vomito gente.
Me vació de tanto vomitar y del vómito vuelvo a levantarme.
Vomito el océano y me lo trago.
Decido comerme a mi madre.
Decido hartármelo todo.
Regurgito.
Le doy un beso a mi novia.
La alimento.
Me alimento de ella.
Beso a otros hombres y a otras mujeres.
Los vomito.
Huele a vómito y ceniza.
La ceniza mojada me permite formar figuras.
Hago una escultura en forma de perros,
Perros con rabia.
Otra de gente perseguida por los perros.
Otra de cerdos revolcándose entre el vómito de todos.
Se me sale el vómito aunque estoy distraído.
Me rasgo la garganta.
Construyo al mundo con las cenizas y la humedad.
Mi vómito es la sopa primigenia.
Todos escupen fuego y me evaporo.
Me quedo en el aire
y desde el aire vomito.
Soy vomitado.

Soy ceniza.

Fuego.

Soy el aliento de todas las cosas.

Me desprendo de mi mundo y caigo.

Quiero flotar en el abismo oscuro de pequeños puntos de luz,
quiero flotar,

solamente.

Pero caigo

y las gentes de abajo me ven y creen que soy el cielo

o una bola de fuego suspendida en el espacio.

A mi lado otros caen.

Nadie allá abajo puede ver que el cielo está arriba de nosotros.

Nadie sospecha que pronto nos estrellaremos contra ellos.

Creo que caigo,

pero quizá son los de allá abajo los que caen hacia nosotros.

Hay un abismo horizontal que nos separa.

Hay muchos abismos verticales a mi lado.

Pero yo quería flotar

en aquel abismo más allá del cielo,

con muchos puntos de luz que flotan,

que no caen,

que no responden a leyes de manzanas caídas,

ni a teorías acerca de una gran explosión.

O tal vez sí.

Tal vez todos nos dirigimos a un mismo punto,

tal vez todo se dirige a un mismo punto

para chocar unos contra otros,

la vaca con el perro,

el cerdo con el hombre,

las aves,

las aves,
las aves quizá puedan luchar contra la gravedad,
pero se cansarán,
o podría suceder que en su lucha por esquivar a todo el que caiga
alguien que venga detrás de otro las tome por sorpresa y pueda
golpearlas y las hiera.
Quizá nada pueda salvarse.
Quiero ver hacia el cielo.
No puedo voltear.
Me acerco a toda velocidad a mi destino.
Los de abajo son una réplica de los que caemos.
Realmente son ellos los que caen, son ellos,
porque detrás hay una boca gigante que los vomita.
Pero por qué siento que soy yo el que cae.
Qué me sostiene.
Quiero ver hacia atrás.
Lo logro.
La boca gigante está detrás de mí.
También está frente a mí.
Soy yo quien cae.
Me estrellaré contra un espejo.
Me estrellaré contra mí.
Huele a vómito.
Huele a carne quemada.
Me estrello.
Me sumerjo en el espejo.
Voy hacia la boca gigante allá abajo.
Me hundo.
Ya no soporto.
Me ahogo.
Me ahogo.

Me ahogo.

Todo me es familiar:

las personas y el olor a excremento en las esquinas,
el color de las paredes y el humo gris de los automóviles,
la paz permanente de la vida, es decir, la paz permanente de la muerte,
las multitudes,
los rebaños,
las cuatro paredes de mi habitación y la falta de hogar de algunos,
las guerras y los rumores de guerra,
las voces de los sin voz desde sus comodidades,
las voces de los sin voz que se arriesgan a ser silenciados,
el rostro hermoso de un bebé,
el cuerpo deseable de una mujer,
los hongos de mis pies,
el olor de mis axilas,
la fealdad de mis manos y del horizonte,
la simpleza de las estrellas,
nuestra simpatía por los fanatismos,
las iglesias,
la política,
los deportes,
las rameras,
los cantos de sirena,
las salas de hospital,
las cárceles,
las subestimaciones,
las faltas de refugio,
todo,
todo,

hasta las profundidades o lejanías insondables,
hasta lo desconocido,
todo o casi todo,
excepto mi yo en el espejo,
excepto mi yo sin cuerpo
ni máscaras,
excepto mi vida
y mi muerte.

Si todos los gusanos fueran mariposas

si todos los gusanos no se alimentaran de gusanos,
si todos se alimentaran de carne al igual que de árboles
y de sus frutos y de sus hojas,
de los esfuerzos de los otros,
de sus esperanzas.

Si todos los gusanos fueran nada más que gusanos,
si las lombrices no fueran gusanos,
si los cerdos no fueran gusanos,
si no hubiera forma de arrastrarse por el cielo,
ni la necesidad de elevar plegarias.

Si todos los gusanos fueran orugas
o la imagen de una tortuga que nada
o el resplandor de una lágrima que quiere salir
o el rostro sonrojado por el deseo.

Si todos los gusanos fueran nada más que gusanos,
si la gripe no fuera un gusano,
si la lepra o el cáncer,
si el sida o la sobrevivencia,
si el arte o los que se pretenden artistas,
si todo el que decide negarse

o el que decide quedarse o huir,
si mi pene o tu vagina,
o los agujeros del tiempo.
Si el mundo entero,
nuestro universo entero,
no fuera un cementerio de mariposas.
Si todos los gusanos fueran aves
o excrementos de dinosaurio
o automóviles
o heteromóviles
o máquinas de escribir
o de reproducción
o simples maquinarias para moverse.
Si nuestro mundo no fuera un cementerio de gusanos
alimentado por gusanos.
Si al morir no nos volviéramos un montón de gusanos.
Si la alegría no fuera un gusano que se alimenta de nuestras
emociones,
si la tristeza no lo fuera,
si hasta lo más inhóspito
o el vómito o la mierda,
si el sentido o la dirección.
Si todos los gusanos fueran mariposas
y el reflejo del sol en la llovizna un conjunto de colores.
Si el vacío fuera el vacío y mi cuerpo mi cuerpo.
Si nuestras llagas,
si nuestros dolores.
Si nuestros mayores deseos
no fueran nuestros mayores temores.

Este collage de manchas café

Esta manera mía de defecar mientras te escucho
mientras los pájaros se estrellan contra los cristales de los edificios
mientras los automóviles afinan el rugido de las calles
mientras todo se hace tarde -demasiado tarde-
Y alguien canta que tiene dos lágrimas demasiado profundas para
[ver al mundo

Esta manera mía de respirar
cuando la tierra es cada vez menos tierra y más rojiza
cuando las cruces sellan nuestros sentidos y los deforman
cuando las hojas de los árboles se van volviendo negras
Y el rumor de las redes cibernéticas nos hipnotiza

Cuando olvidamos la aventura de dos manos que se rozan
y que la prostituta abre sus piernas para cerrar su pecho
Cuando un hueco en la cabeza nos hace sonreír como idiotas
cuando todo es para mientras
cuando dos personas que se aman son un negocio
cuando un árbol pide a gritos se le cubra de hojas
y un montón de mujeres pide el derecho de asesinar a sus hijos
y otro montón de mujeres pide el derecho de encontrar a sus hijos
porque premiamos con la paz a quienes nos hicieron la guerra

Esta manera mía de ahogarme con mi grito
de multiplicarme todos los días en los excusados
de no ser más

que un pordiosero que odia a los pedigüeños en las calles
o en los tribunales, negocios o iglesias

Esta manera mía
de perder el control
porque todo está controlado
Esta manera de defecar cada día
de avergonzarme de la muerte y amar los atardeceres
de hacer que crezca el concreto y se marchiten los jardines
de repetirlo todo como un demente
de repetirlo todo
de esperar las migajas bajo la mesa
de fruncir el ceño y temblar de miedo
de alardear con mi odio
mientras anuncio las buenas nuevas de Jesucristo

Esta manera de inventar trampas para aves
de ir armando el ruido del mundo

Esta canción tuya de siempre
que cruje con el árbol y el resto de las cosas
con el golpe de los pájaros que caen
y la tonada de las cloacas

Esta canción tuya
este espejo tuyo
este collage de manchas café
esta tu manera
de alimentarme
y alimentarte
que reproduzco en todas las letrinas

Un roce de tu aliento

La niña de los pies sensuales quiere caminarte hasta el último

[sudor

Te dibuja una sonrisa con sus fotografías Te masturba las manos

[con tus ojos

Tatúa sus piernas en tus pupilas Te quiere dar un beso

La niña que traga tus problemas y defeca soluciones contra el mal

[aliento

Contra el cabello despeinado los dientes amarillos y las axilas mal

[olientes

Quiere sembrar sus viñas en la tierra de tus uñas

Quiere extraer los minerales de tus bolsillos

Quiere tomarte la sangre para fabricar caramelos

Te quiere desnudo

Para hacer realidad todas tus fantasías

Querés que te hable como un predicador que cree en Dios para

[creerse dios

Querés que te escupa y te grite mundano

Que te anuncie el fin del mundo y del centro del universo

Querés sentirte especial animal como todos los animales

Sentirte más necesario que la lombriz o la mariposa

Sentirte la cura gran enfermedad entre las enfermedades

Sólo querés abrigo animal desabrigado

Cuidado la niña tiene dulces para la mejor sonrisa

Jajajá jajajá el tiempo se acerca

Soñá los tiempos son mejores si se vive soñando
Alguien sacrificó su vida para redimir tus errores
Alguien sacrificó tu vida para ocultar sus errores
Sólo decí lo siento y tus ropas se tornarán blancas
Hemos tenido que mentirnos
Que llorar el sacrificio
De escoger a la muerte para mantenernos escondidos

Jajajá jojojó La muerte es un regalo es parte de la vida

La niña del sudor hipnótico tiene la sangre milagrosa
Una transfusión de su orina y tendrás el antídoto de antídotos
Podrás comprar de su agua bendita
Para regar a las flores recién nacidas
Que guardan dieta de calcio y *crecizinc*
Para ser como los monumentos y las fotografías
De grandes personajes que han sabido sonreír ante la adversidad

La niña de manos abiertas ofrece su boca para hacer el sonido de tu
[corazón

La de las manos constantes La de uñas concretas
La que te ha ayudado a construir tu realidad
La del es mejor haber amado y perdido
La del perfume perfecto para el amor
La de los pies con hongos de caramelo
La del sudor de leche y miel
La de la ternura al rojo vivo que odia el rojo de su identidad

La reina del baile te invita a fornicar
Con el ruido inquieto de una habitación inquieta
Con el suspiro desafinado de una canción vacía

Te quiere fornicar
Y te canta el tracatá tracatá de su melodía
Y te pide tu pene en su boca
Y te pide tu boca entre sus piernas
Y te pide tu sudor nocturno y favorito
Que es el sudor narcótico
El sudor que al caer no suelta tu cuerpo
Y se filtra en la alcantarilla y te lleva con él
Te hace dormir al lado de la rata más profunda
Y te revuelca en las aguas donde desembocan todos los excusados
(Ah los poetas y sus metáforas sobre el mar
Hay que legalizar los alucinógenos para reducir su consumo
Y lograr que quienes los trafican nos gobiernen legalmente)

La reina de los dulces te quiere dar un beso
Sólo uno y es suficiente
Sólo uno y por unos centavos
Sólo un roce de tu aliento de tu último aliento
Porque la vida no se acaba precisamente con la muerte

Roberto Deras

Nació en San Salvador el 15 de septiembre de 1982. Estudió Filosofía Iberoamericana en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas. Fue miembro del taller literario El Perro Muerto. En 2013 obtuvo el Premio Único en los XVIII Juegos Florales de La Unión y en 2015 conquistó el Premio Único en los XXV Juegos Florales de Sonsonate; ambos en la rama de poesía. Pertenece al grupo literario Tezcatlipoca.

El trayecto de las hormigas

No hay nada excepto el sol al final de la calle

DEREK WALCOTT

Viví en los pasajes más estrechos de la tierra.
Donde los gusanos sostienen al universo.
Y mis ojos, crispados, no veían más que el camino de las hormigas.
Una tras otra, enardecidas.
Y en mis sueños, que carecen del semblante de la tierra, seguía esa
[misma furia.

Yo, como ellas, también llevo carga y también vuelvo del vacío.
Por eso me entrego a sus pasos, con pánico
no por su ira, sino por su rumbo.

Pienso en todas las rutas que tomé
e imagino el aroma de mis descendientes.
Y retomo el camino,
a pesar de entender que cuando acabe no habrá nadie.

Soy de los hombres que nunca buscó construir algo.

Discurso sombrío

Un país vacante en busca de víctimas.
El paso trémulo entre la vacuidad y el sueño.

Destapar la cloaca
roer los pasillos más oscuros
confundir la náusea y arrojar el asco
entre sudor y llanto de coraje.

Un país violento es confiar.
Confiar en algo, en alguien
y que te maten.

Laboratorio de insectos

Soy un hombre árbol que tiene escaleras en forma de caracol.
Con flores espirales que cuelgan y que se engarrotan en tus dedos.
Soy un árbol con extensas ramas
y un corazón que es hábitat de miel.

Soy un árbol laboratorio de insectos
y mis brazos ramas pellizcadas

ramas mordidas.

Y hay insectos que me buscan
que muerden y su líquido tarda en calar.

Vuelvo a ser hombre
y tengo la pócima en mi sangre
su efecto es ver el amor en otra dimensión
lejos de árboles y de los hombres.
Y no sé de antídotos, sólo placebo.
Y todo continúa:
el corazón se hace herbario mientras espero
vos estás con las manos atadas mientras yo enfrento
la maldición del desterrado.
Soy un árbol tropical lleno de escarcha.
Un niño solo que ve al amor viajar largas distancias.

Escucho como las termitas que te acompañan devoran mi tórax.
Entonces despierto y regresa la angustia
porque ya no podré regresar al sueño.
Tiemblo porque ya no serás más insecto, ni yo estaré plantado en un
[bosque.

Mi cuerpo está destruido
Y qué hago con los pedazos del cuerpo.
Vuelvo a temblar
ya no puedo acercarte a mis labios
y tengo un mordisco de la única mantis dulce
y recuerdo como se prendió su trompa
y quiero ser ostentoso como en el sueño,
pero soy frágil, vulnerable y me desmayo
y estás lejos y no puedo albergarte.

No soy ni bosque

ni árbol

Soy un hombre cansado que se enamoró de un insecto que cuelga
en su hombro.

Las cicatrices del camino

Siento nostalgia de mi propia especie

EZRA POUND

I

Madre no supo de balas ni de estamentos militares.

Sin embargo parió en el vórtice de una guerra.

Por eso tuvo que dormir bajo muebles,
por eso su especie se abalanzó a otras partes.

Ella aún carga con esa guerra.

Por eso se fue a otro lugar tras los pasos olvidados de su hermano.

Se sabe lejos, aunque encuentre recuerdos de la abuela
en las solemnes flores de los funerales.

Regresará sufriente, pese a que los suyos no sepan que la vida es
[un ciclo.

Madre no los extraña.

Sólo recuerda el insomnio y los días que estuvo sola.

II

Llora en el día que las flores secas cubren los dedos de sus pies.
Nunca pateó más que el áspero calor del suelo árido.

Quiso colgar sus zapatillas,
pero las piernas son miles y se las lleva la tormenta.

Madre se acostumbró a las largas distancias.

III

Madre marchó hacia una ciudad incendiada.
Un paraíso sin puentes, ni gradas.
Nadie descansa.

Camina sobre interminables avenidas.
Ella, que nunca conoció de lenguas, sino palabras aferradas a
[lágrimas,
aprendidas de su madre y cantadas a los ojos de sus hijos.
Ahora habla al vacío mientras recuerda el lodo que había en su
[puerta.
Ahora se sabe lejos, con olor al óxido de los cuerpos seniles.

Madre vive en otro lugar,
limpia los vidrios con paños empapados de nostalgia.

Andén nebuloso de la infancia

Nunca se cubrió el sol con un dedo,
ni con la mano extendida,
ni al darle la espalda.

En este lugar desde hace años las noches han sido eternas.
Jamás supimos cuánto duraba una tarde.
En estas tierras un día enmudeció el fuego y ni así apareció la
[claridad.

Por eso crecí recolectando fósforos y velas para entierros,
por eso de niño me conmovió el frío.

En una tarde el mundo se apagó.
Por segundos nos fue prohibido abrir los ojos,
tanto como siempre lo fue abrir la boca.
Desde entonces las noches evocan miedo,
y conmueven cuando alguien llora mientras las calles se despeñan.

El sol y el calor sólo fue un sueño.
El color del cielo sólo en los ojos de mis amigos.

El mundo se apaga cada vez que recuerdo las tardes de guerra.

Cuando recuerdo el cielo en los ojos de mis amigos

Pequeños nunca entendimos cuánto duraba el día,
apenas y conocíamos la noche.
Todo terminaba en la misma línea del reloj.

Crecimos,
parecía un juego.
No entendimos que en medio de nuestros dedos se diluía algo.

Pequeños corrimos hasta descubrir escondites,
sin intuir que había huecos y escombros prohibidos.
No entendimos el pálido silencio del atardecer,
no supimos la diferencia entre perder y apagar la luz.

De niños vimos correr a los hombres
y jugar al zigzag de las culebras.

Pequeños no entendimos que flotábamos entre las fauces de algo.
No supimos de la manta blanca que cubrió nuestras casas,
pensamos que era otro juego, una enorme sábana para cubrirse de
[los vecinos,
de las mascotas y los hermanos mayores.

Ahora la oscuridad nos cala hondo.
Duele tanto que sabe a miedo,
tanto duele que sabe a llanto

llanto que no comprendíamos
miedo que aún no entendemos.

No sé si se anhela todo pasado.
No sabíamos que naufragábamos en las fauces de una guerra.

Ceremonia de ruptura

*Así es como acaba el mundo
No con un estallido, sino con un quejido*
T.S. ELIOT

Te concedo la armonía de la soledad.
Ya puedes verme a los ojos.

Otorgo todas las disculpas y las caricias con el aliento de mirada.
Para qué la rabia, corazón de hiena,
si tus colmillos saben a leche
y tu sangre no es sangre, sino miel de arándano.
No es coraje lo tuyo, sino una muñeca perdida.

No es más frágil tu cuerpo bajo el grito.
Ni más largas tus manos cuando las levantas.

No es por miedo,
ni por orgullo,
ni por soberbia.

El adiós siempre es definitivo, pese a la sangre que se congela en el
[pecho.

Elena Salamanca

Nació en San Salvador el 27 de abril de 1982. Escritora, poeta e historiadora. Actualmente radica en México, realizando un doctorado en Historia.

Obra publicada

Último viernes (cuento, San Salvador, 2008)

Peces en la boca (poesía y prosa, San Salvador, 2011)

San Salvador (poesía, San Salvador, 2011)

Landsmoder (poesía, San Salvador, 2012)

Sobre el mito de Santa Tecla

Un hombre pedirá mi mano
y me la cortaré.
Nacerá otra
y volveré a cortarla.

El hombre pensará:
qué perfecta mujer, es un árbol de manos:
podrá ordeñar las cabras,
hacer queso,
cocer los garbanzos,
ir por agua al río,
tejer mis calzoncillos.

Pero yo seguiré cortando mis manos
cuando me diga:
Mujer, te he pedido,
y debes ordeñar las cabras.
Mujer, eres mía,
trae agua del río,
sírreme el queso,
ve al pueblo por vino.
Mis manos caerán como caen las flores
y se moverán por el campo,
necias:

No ordeñarán las cabras,

no irán por vino al pueblo,
jamás zurcirán sus calzoncillos
y nunca,
mucho menos,
acariciarán sus testículos.

El hombre dirá:
Qué mala mujer,
es una maldición de manos.

Irá por un hacha,
cortará mis brazos.
Nacerán nuevos.

Entonces pensará
que el inicio de la vida se encuentra en ombligo
y cortará mi cuerpo en dos.

Mis miles de manos cortadas
se volverán azules
y se moverán.
Secarán el trigo,
jugarán con el agua,
secarán el río,
arrancarán las raíces del pasto,
envenenarán a las cabras,
al queso.

Y el hombre pensará:
Qué maldición más grande:
prohibido debe estar pedir a una mujer que tiene voluntad.

La primavera

Quiero tener un novio
presuntamente formal.
Vivir con él:
él en su cuarto, yo en el mío.

Habrá un espejo pequeño en mi cuarto
al que me asomaré de vez en vez:
En verdad fui la más guapa del reino, Blancanieves,
pero los espejos
son excusas para ser otros

—y quizá no haya sido yo—.

Lloraré un par de veces frente al espejo
sobre todo
cuando en la madrugada escuche que mi novio abre la puerta de la
[casa.

Regresa,
va a la cocina por cervezas,
ríe.
Camina hacia su cuarto
y una mujer ríe con él.

Sabré entonces
que hay años en que no llega la primavera
o quizá nunca llegó.

Salve, Landsmoder

Soy buena porque abro las piernas.

Yo crié las ovejas,
yo degollé las ovejas,
y zampé sus cabecitas blancas en estacas alrededor de mi casa.

La gente sabía que yo era buena
porque cerraba mis piernas únicamente el día que destazaba las
[ovejas.

Yo era tan buena:
la falda subida, las piernas abiertas,
que las gentes pensaban que las cabezas de las ovejas eran mis
[muñecas,
cosidas con mis manos,
pegadas con mi saliva,
bellos labios rojos
pintados con la sangre que brotaba de entre mis piernas.

Si cierro las piernas, ya no seré buena:
de mi sangre brotarán los hombres más infelices.
Y usted me dejará
con el hociquito listo,
la falda rasgada,
y mis ovejas perdidas

balando,
aullando.

Lejos.

Yo te quiero, imperio

Todas queremos un imperio
Para qué coronas de plata si se tienen
Cacerolas
y cubiertos.

Siete puñales servidos en la mesa
destazan el corazón de ternera.

Puedo ponerme yo este corazón sobre el pecho
entre animal y bestia voy vestida de princesa
tengo el vestidito pringado de sangres
mirame, rey:
mi pierna es río
voy arrojando coagulitos al andar
herederos abortados
menstruación de reina.

Vengan, mis hijos.
Pueblo: come mis entrañas;
endometrio de señora es
la fertilidad imparable de sirvientas.

Paren, paren mis sirvientas
niños con piojos para tu compasión de pan,

Rey:

Quiero bordarte mi pobreza
seda barata de un dólar la yarda
de mi brazo a tu brazo cuántas batas para amanecer desnudos
[como pobres.

Yo te quiero imperio,
derrotado.
Soy más guapa frente al espejo mientras lloro.

*

*Hincada toda la vida frente a la virgen y a la bandera,
/desarrollé unas rodillas fuertes
para sostener a mi patria.*

De la costra de mis rodillas nacieron todos los hongos
/de la tierra.

Frente a la virgen y a la bandera, de rodillas, recé
/y canté.

Crecieron mis rodillas hasta echar raíz,
hasta ser árbol,
madera,
mesa,
cama,

muleta,
atril.

Aquel sostén de niños que morían y se convertían
/en héroes y santos,
en héroes santos.

Alrededor mío crecieron todos los frutos de la tierra.
Cayeron al suelo y nacieron otros.
Tuve trigo.
Tuve harina.
Tuve pan.

Tuve hambre.

Y nada probé.

Tirar besos frente al espejo. Ensayar

No he creído ser la que veo en los espejos.
Tienen tantos años
que
de seguro
alguien pasó un día
y quedó atrapado al verse.
No soy yo a la que beso en ellos.

Laura Zavaleta

Nació en San Salvador el 30 de septiembre de 1982. Se dio a conocer al obtener el Primer lugar en la rama de poesía en el Certamen Letras Nuevas, en su edición 2006, organizado por La Prensa Gráfica. Ha participado en encuentros de poesía en El Salvador, Guatemala, México y Nicaragua. Ha sido incluida en distintas antologías nacionales y extranjeras.

Obra publicada

Sentada sobre todo lo imposible (poesía, San Salvador, 2011)

Niñaperdida

Mi primo Carlos se hizo un hombre
Yo sigo niña.

Mi infancia fue un contrapunto,
un estar aquí y allá desdoblado.
Queja suave y voz inútil
esa era yo.
Todo lo quebrado estaba dentro.
Y la casa
era la caja donde las olas golpeaban
con ese mar que yo poco conocía.

Las horas se agotaban
y él empezó a salir.
Su paso era aterrizado, me miraba diferente.
Arriba pasaban los aviones.
Yo solo miraba la casa, sus múltiples paredes,
y las lenguas húmedas del mar que estaba entrando.

Mi primo tiene dos hijos a quienes no conozco.
Encontró el amor, la suave tela,
musgo escalofriante, sexual, húmedo.

Los tiempos de la mujer se trabajan a deshora
porque el reloj es su cuerpo, perfecta maquinaria.
Y mi cuerpo es el cuerpo de una niña.

Cuando lo supe, ya estaba lejos.

Cuando mi papá me llevó un caracol, el mar me gritaba
Cuando me dejaron cruzarme la calle,
me perdí.

86 años

La vajilla, con restos de cerdo,
ya olvidada, resplandece.
Habla el abuelo
y en los ojos rezuma alcohol en 30 grados.
Él y su historia se hinchan
Mientras nosotras en la mesa vemos hacia arriba.
Un obelisco que le rasca al cielo las costillas plásticas
es él, arrancando al cielo lluvioso
los recuerdos
Mi abuelo soñó, como yo,
que mamaba de la teta de una diosa
y entonces me dijo: nos gusta el sabor de la ceniza.
Eso fue a las cinco de la tarde
cuando su cuerpo era un grupo de mariposas migrantes
y hablaba como si cada palabra fuera una uva que se mastica bajo
[el tamboreo de la lluvia sobre el techo.
Entonces,
ya rumiante de todas sus verdades,
armó un puente hacia mi abuela.
Quizás el último.

Maternidad

Mi abuelo le dijo algo al oído,
ella parió un mundo
y luego otro y cada vez más geométrico
el círculo se fue cerrando
y el mundo era abarcado por su falda.
Ahí subíamos a bordo.
Entrábamos al Arca.

En todos sus rincones
mi abuela esparcía leche,
sobre los abismos
donde se fundaban las jurisdicciones
de nuestros fantasmas.
Ella nos daba de comer.
Nos arropó con la nieve
que cubría sus párpados.

Llenó de nieve mi lengua
y quedó dormida
hasta que me quiso mostrar el alfabeto.

La puerta está cerrada

Pienso en la anchura del cuerpo de mi madre,
en las pequeñas flores que corren
como hormigas en su cuerpo,
como mancha y boca negra abriéndose a la boca
negra y estrepitosa que es el universo entero.

Pienso en las estrellas que han enterrado sus ojos
los pequeños ángeles que llegan a su oreja
y le dicen ahí sílabas de acoso y miel,
obscenidades.

Se cuelgan, donde a ella le nacen
cornamentas luminosas
antenas de polvo y música, su hambre
de madre despampanante.

No sé si mi madre comprende mis razones
de estirar hacia atrás y hacia delante
estas preguntas como un acordeón desmedido
o una sábana de fibras confusas que se limpia con esmero.

Ella podría
yo digo,
acercar la luz a su cuerpo
y tratar de comprenderme
yo sé que ella es muy clara hacia adentro
pero de su piel nada se sabe
y la puerta está cerrada
también cierra los ojos.

Milkman

Mi padre, mi amigo, mi amante.

Tres.

Me hacen dormir,
mecen la cuna de mis espejos.

Tiran los vidrios bajo mis pies.

Tres.

Me traen frutas asombrosas
del tamaño de mi estómago y mi útero.

Mi padre es el mejor

Siempre habla con fuerza y voz pausada, siempre llega a

[preguntarme

en qué espacio me caben los pies

que si rezo los domingos

todas esas cosas

de anfetaminas, humos

de manos y lámparas encendidas sobre mi vulva.

Yo llegué a llorar por el olor de sus pestañas

de ver sus ojos extrañados que leían mis páginas blancas que

[tenían

las orillas azuladas.

Seguramente mi paz no es su paz

y su guerra no es la que yo libro

pero él trata de apagar los ojos.

Una vez me sacó de la vía láctea
de los jugos de limón de los domingos, yo era una niña
muy mimada
pero él estaba como el viento.
No hubo una hija antes que le enseñara el rumbo de las hijas.
Entonces yo le digo: hay una calma entre una guerra y otra
y ese es el espacio para un beso tuyo.
Entonces mi padre mece sus pestañas
con un viento o una lluvia
y se le mueve el corazón, como un pequeño terremoto.

Mi amigo es una cosa
mucho más simple.
Con él buscábamos el vacío,
los ladrillos falsos
y las preguntas de los blancos en los libros.
Copiábamos las citas de los noticieros
y por la tarde comíamos bajo los árboles hermosos.

Se fue sin decir palabra.
Sin pedirme una.

Mi amante es una cosa mucho más confusa
Me genera un sentimiento de herida musical
Y es que sus labios son hermosos y sus dientes afilados
Cuenta poemas épicos que a nadie le interesan
Y son tan inútiles sus palabras que solo pueden mecerse. Frutos
cortados a lo largo, pomelos incendiados
son las cosas que me dice.
Me deja mirar
esas ideas fluorescentes un momento.

Desconocidas, contundentes
como esas frutas que caían antes por acá.
Me dejan hecho mi espejo en mil pedazos
en mil mordidas
después del ataque animal.

mi padre, mi amigo, mi amante
tres cuchillos finos
embadurnados con jugo de mango.

Encierro en el jardín

A veces me encierro en mi infancia, que fue un jardín
No fue el mosaico salvaje del edén
Era un pequeño pedazo de tierra,
como una casa, una calle o mi país.
Los limoneros y las sábanas habían sido ordenados cuidadosamente
Manos amorosas escarbaban la tierra.

Ahí erigía mi cuerpo, desnudo, como un edificio blanco
Mis piernas huesudas y bienintencionadas esquivaban las espinas
A veces me caía, hacía amistad con las hormigas, lloraba.

Afuera estaba un niño, me espiaba
Bajo su cachucha, ojos llenos de sombra
completamente vestido, en marrón y verde,
como las hojas del jardín,

como las manchas de las hojas del jardín.

Como la tierra que me hacía despeñarme contra mis propios límites.

El niño miraba,
como si a sus trece años hubiera sido adiestrado
Cada día de su vida para mirar.

Exánime, junto a la pared,
bajo la sombra de los aguacates,
mi redondo baile le interesaba,
porque él estaba firme. Su boca no estallaba.
El rostro, contenido en una mueca
y sus ojos, rebeldes naturales.

En los años ochenta era común
ver un niño con una carga.
El soportaba la suya con una actitud extraña.
Yo me preguntaba por sus padres, pero nunca dije nada
A esos niños con rifle no se les hablaba.

Un día ya no estaba,
no me lo encontré en la entrada de la casa
ni detrás de los aguacates.
En los años ochenta era común que los niños murieran
Que los encontráramos en la acera, tendidos, boca abajo.

El jardín de mi abuela fue vendido
Los árboles parecen hoy menos familiares.
El sol pega más fuerte.

Humo

Él pintaba, esculpía,
me hacía un retrato de niebla con su boca
y tiraba el humo
más allá de la nostalgia.

Tallaba
las líneas de una mano que no existe.
Hacía una casa donde cabía el agua estancada.

La siesta

A veces intento abrir los ojos de mi abuela,
secar el charco en sus pestañas,
sostener el aire sin palabras que ella dice.

Mi abuela duerme boca arriba
y su sueño es un cementerio de cosas imposibles.

Mi abuela duerme y parece que se ha ido.
A veces intento abrir sus ojos,
que me lea un poco más:
esta letra, ¿cómo se pronuncia?

Tiene el cabello como una medusa,
un calabozo por corazón, mi abuela
sabe muchas cosas.

Por las tardes

me dicta aquello que alguien escribe debajo de sus párpados
¿regalarías tu juguete máspreciado? Me pregunta.

Letras grandes con serifas, el órgano blanco
son mis tardes, el cabello verde...

Mi abuela sentada prepara sus dardos.

Buscamos el silabario, la Biblia, cualquier libro.

Efraín Caravantes

Nació en San Salvador el 5 de junio de 1983. Estudió Artes Visuales con especialidad en Grabado en el Centro Nacional de Artes y Licenciatura en Comunicaciones, en la Universidad Tecnológica de El Salvador. Ha participado en varias exposiciones colectivas: «El grabado como pretexto – Salón de Grabado» (2008, 2010), «Original múltiple» (2009), «Diálogo visual –Salón de dibujo» (2009), XI edición del premio Arte Joven del Centro Cultural de España en El Salvador (2010) y «Esto no es una degeneración: ¿Arte joven en El Salvador?» (2012), entre otras. Obtuvo el Primer lugar en poesía en el I Certamen Letras Nuevas con el poemario «Memoria de poemas», La Prensa Gráfica (2004), y el Tercer lugar en el XI Premio de Arte Joven por la obra «Naturaleza muerta», creada en conjunto con Javier Ramírez-Nadie (1985), CCEV (2010). Sus textos han sido publicados en diversos suplementos y en la revista Cultura de la Secretaría de la Presidencia de El Salvador, y en la antología de poesía joven salvadoreña *Una madrugada del siglo XXI* (2010).

Arte poética

leyendo a Kijadurías

Escribir,
leer un poema
y desaparecer.

Todo

Porque nunca será el tiempo para mí. El tiempo: todo el tiempo.

ALFONSO KIJADURÍAS

Antes de nacer ya estaba aquí
encendiendo el primer fuego.
Yo pinté en Altamira y maté un elefante.
Inventé la rueda.
Escribí sobre arcilla.
Llevo en mis manos y en mi espalda
de esclavo, como jorobas,
las pirámides de Egipto.
Anduve entre los bambúes de China
haciendo sellos e imprimiéndolos
en nuevo y hermoso papel.
Lao Tsé me indicó el camino
que lleva hacia *Nosedónde*.
Un camino que decoré con mosaicos de peces
y de pulpos que multiplican por ocho
las posibilidades de andar

sobre los mares, entre Sirenas,
sobre la tierra, volando cerca del sol,
cayendo y luego hacia dentro,
hacia ese pequeño jardín incandescente
donde todo cabe,
donde encendí el primer fuego
y donde, algún día,
habré de estallar por enésima vez.

«It is time to explain myself»

la música sube de volumen
descompongo el sonido
intuyo el orden subyacente a las cosas
las formas

se conjugan en un mundo de millones de partículas
[minúsculas

la rabia del pasado
y el amor presente

algo me dice que no escucho con los oídos
no veo con los ojos
no palpo con las manos
como también sé que al besarte no te beso con la boca
y no te beso a ti

cuando te lamo
lamo esa parte que se activa al fondo del oscuro espacio de la
[nada
ese pequeño algo que comienza a ser
al momento que es lamido por mi lengua
mientras te lamo a ti

de igual manera no soy yo el que manipula este cuerpo
que te lame y te besa y te toca
son millones de manos de millones de titiriteros
que mueven sus finísimos hilos desde adentro

y sin embargo tengo un nombre
y tú tienes uno también
te escribo esto
te lo dedico
y en realidad se lo dedico a todo lo que he amado en la vida
aunque haya sido por un solo segundo

porque todo es un solo tema
las innumerables piezas que se aglomeran o se expanden
que se dividen o se condensan en cualquier lugar

llegar hasta aquí
mover el territorio
alternar las piezas
es cambiar el destino

y sé que al decir lo que sea que dijera o dijeras
solo nos maravillábamos de compartir

una sola palabra

Romance

La trama y el desenlace

JORGE DREXLER

Justo espacio ya existía
adentro-afuera tan grande.
Pétalos y aromas rozan
las esquinas inestables.

Geométrico esperaba
silencioso aquella tarde
tu sonrisa caprichosa
como la de mil enjambres.

Cóncavo imán invisible
(y convexo tu talante)
de carne sobre los huesos
y amores sobre la carne,
atrajo mi puerta fría
a tu boca caminante
y entraron junto a ti
todos
los ladrones de mi sangre.

Por el vicio de las manos
en mis manos encajaste;
hasta entonces fue que supe

lo que soy: un Caravantes.

Encerrado en este sueño
que abre millones de calles,
dormir no puedo en las noches
ni soportar tanta hambre.

Nadie llega a tus tobillos;
nadie llega a los de Carmen.

Escrito estaba en las cartas
(las que un día descifraste):
no tendría yo remedio,
no podría ya soltarme
de tu pacto con el Diablo,
de tu embrujo fascinante.

He matado muchos hombres,
he matado a tus amantes;
yo te libro de la muerte:
doloroso ajedrez, mi arte.

Mi amor, entre blanco y negro:
el rojo de mi estandarte
deja tu nombre completo,
intacto en este romance.

Líneas

I

El espacio.

II

Punto. Punto. Punto... línea.

La línea recta comienza a no ser estable ni constante:

segmentos altos y bajos, zigzagueantes,

y luego vueltas,

enredos,

círculos,

espirales.

Solo estoy siguiendo la línea del mundo.

III

Líneas que van juntas y nunca se tocan,

líneas que se cortan y se vuelven rojas,

líneas que se yuxtaponen, se frotan, se abrazan,

y hacen tramas.

Solo estoy haciendo tramas:

sombras cada vez más oscuras

y reservas de espacios en blanco

para la luz futura.

IV

Solo estoy trazando algunas líneas
con mis manos.

Solo estoy borrando algunas líneas
de mis manos.

V

Estoy, entonces,
y dibujo lo que amo
como en un sueño.

VI

Solo estoy dibujando un mapa
con aguas y puentes y un tesoro enterrado,
señalado con una X.
La X puede estar en una esquina del mundo,
a la orilla de un continente,
en una isla
o en medio de mi pecho.

VII

Solo estoy dibujando mi corazón extraño,
deforme y precioso.
Solo estoy dibujando algunas letras,
algunas palabras, algunos nombres y algunos rostros,
como dios en sus primeros días.

Solo estoy naciendo de nuevo por siempre.

Otras líneas

Viva usted ahora sus preguntas

RAINER MARÍA RILKE

I

¿

De qué trata este libro-péndulo
que viene y va y vuelve a venir
Quién escribió la vida
en esta blanquísima página
Quién me lanzó desde lo alto de un verbo
Cómo debo agitar las páginas
Por qué debo agitarlas, para qué
Dónde se dirige esta línea que trazo
y que hasta el momento ha escrito
solo signos de interrogación

?

II

Una línea que se tensa
y tiembla de oscura.
Una oscuridad
delgada,

concentrada.

Una línea

creadora de cuadros

y triángulos

duros.

Una línea breve y convulsa

busca curvarse

y encontrar su otro extremo.

III

Nuestras manos, rebosantes de líneas

se dibujan a sí mismas, como las de Escher.

Somos los bordes

surgimos de la blanquísima puerta de cada segundo

(the gate is straight/ deep and wide),

el túnel sin dimensiones que al fondo se bifurca

¿o solo se expande?

Creces como duda

creces como árbol en el árbol

creces como final sinfónico

creces como cuerpo de agua

creces como frontera

creces como crezco

advirtiendo y evitando lo inevitable, amando

el asidero temporal de nuestras manos.

IV

Geometría aplicada:

al parecer

nuestras líneas son paralelas
y no perpendiculares.

V

silencio
sin letras ni puntos suspensivos
ni nada de lo que creemos que es silencio
(silencio sin silencio)
marcando la frontera:
línea perfecta
donde la Novena de Beethoven
deja de ser Beethoven y Novena
ni soy yo quien la escucha:
sólo los infinitos tripulantes
otrora condensados en labios y miembros
alrededor de un centro;
ahora dispersos, presentes en su eternidad
truncada por *el principio que antecede a todo*
fin:
palabra de tres letras tan corta para tan largo camino.

Miroslava Rosales

Nació en San Salvador el 14 de diciembre de 1985. Poeta y periodista. Perteneció al «Taller Literario El Perro Muerto». Radica actualmente en Guanajuato, México. Formó parte de la Dirección Nacional de Investigaciones en Cultura y Arte y del comité editorial de la revista ARS. Es integrante de la red de centroamericanistas O ISTMO (Brasil: Universidad Federal de Pernambuco). Su trabajo aparece en las antologías *Nuevas voces femeninas de El Salvador* (San Salvador, 2009), *Una madrugada del siglo XXI* (San Salvador, 2010), *Las perlas de la mañana siguiente* (San Salvador, 2012), *Ventanas de libertad* (San Salvador, 2014), *The Theatre under my Skin. Contemporary Salvadoran Poetry. Teatro bajo mi piel. Poesía salvadoreña contemporánea* (San Salvador, 2014), *Resistencia en la tierra. Antología de poesía social y política de nuevos poetas de España y América* (Chile, 2014), *Segundo índice antológico de la poesía salvadoreña* (San Salvador, 2014); y en revistas de Estados Unidos, España, Canadá, México, Colombia, Perú, Venezuela, Argentina y Centroamérica.

En la búsqueda del cadáver

Dime mundo
mundo de estiércol y barrotes
mundo de carne descompuesta
¿dónde los huesos de la risa volcánica de mi hijo?

Respóndeme

mundo-fosa

Respóndeme

¿dónde su dentadura

sus ojos

su fémur

sus manos

forjados por el alba?

¿dónde

sus sueños dibujando pericos

sus lágrimas de rabia

enterrados en esta selva del horror?

¿Qué palabras habrá tejido en sus plegarias de joven rocío?

¿Qué habrá acariciado su mirada de pequeño saltamontes
en ese último momento?

Aún

sus zapatos le esperan

como mi corazón

de perro sin cadena

en una habitación resquebrajada

Hijo mío

corriente de mis esperanzas

clavo de mi madero ensangrentado

soy

desde tu muerte

un cirio derritiéndose en una iglesia deteriorada

que no puede perdonar

una caja de lamentos piojosos puntiagudos

una caja con oraciones-garras

una caja en el desierto

Hijo mío

ángel

en la punta de mi crepúsculo

copa de mi sangre enlutada

faro de mi geografía

los frutos de mi vientre se secaron

y ahora

solo piedras reparto en las calles

y quiero gritar

golpear los abismos del silencio

¿Qué somos en este hervidero de huesos?

¿Qué soy

si mi única luciérnaga

ha caído en un pozo de telarañas?

En espera del amanecer

En su corazón
puede verse los agujeros de sus tantos días frente a las máquinas

Mis manos
mis manos tiasas
por tanto pegar botones y remaches
Mi boca no conoce del durazno
ni de los cantos de la tierra mojada
y todo me conduce a la monotonía
¿Qué fue del sol de amuleto en mi cuello?

Las horas como látigos
El ruido de las máquinas se extiende como un manto de hormigas

Los años
han pasado
desde que descendí al precipicio de las
máquinas de coser
Mi voz juvenil se convirtió en un pozo visitado solo por las
cucarachas y escorpiones
Mis senos se secaron entre los hilos y las telas del infierno
¿Qué fue del baile?

Como ratón por miles de horas he tejido el fastidio
entre láminas y fardos
entre mujeres que no han podido cruzar el arcoíris

ni conocen las caricias de los bosques en pleno invierno
El calor se ha llevado mi esplendor metálico de luna
Ahora soy una raquílica flor carente de polen en esta maquila de
techo de zinc
a la orilla de la carretera
Solo reparto en abundancia la amargura de mi sangre
Mis hijos nunca escucharon mi risa fuente del vino
¿Qué fue de mi leche?
¿Qué fue de la risa de mis hijos?

Nunca la belleza de las tantas telas que he cortado fue mía

Aquí
las mujeres en el hacinamiento
dan de sus follajes con cada puntada
Sus vientres
 el hábitat de clavos y agujas

Horas
Horas
Horas
como látigos en la memoria
Años
Años
Años
como zopilotes girando alrededor mío

y
yo
detrás de esta máquina que ya sabe el sabor de mis lágrimas
de las callosidades de mi espíritu hecho un nudo

de mis huesos triturados

Soy una vena obstruida que espera el amanecer

El lamento de Florentina

En Chamelecón

el sol venido de mi vientre copioso de flores
mi pequeño latido de olas plateadas y furiosas
mi pequeño sol de rabia
el lirio de mis vendavales
fue asesinado un 10 de mayo

Desde muy pequeña

supe de las tormentas eléctricas
de los cántaros de hiel y excremento
Probé muy poco la belleza del cielo
de mi pueblo tan remoto
y de la claridad de sus mañanas
recorrer sus tejados
Mi madre me regaló
pues mi padre murió tan joven
y así
se convirtieron en mi refugio los cafetales de Usulután
un pueblo en el oriente de un país olvidado del esplendor
tan lejos de todo lo conocido hasta entonces

Crecí entre lágrimas

maíz

frutos de los cerros

Ahora

solo soy una ceiba que llora por su hijo

Los disparos dieron fin

a su risa de arcoíris

un 10 de mayo

que quedó en mí como llaga

¿Quién puede bailar

si han desprendido de mis raíces la alegría?

¿Quién puede bailar

si de mi pecho solo sale un rebaño de cardos

y rencor en forma de cuchillo?

¿Qué haré

si los medicamentos no aplacan esta pena

del tamaño de un río caudaloso

si esta pena es una onda expansiva

un saco de estiércol

agua hirviendo

un zopilote que me quitó los ojos?

Y hoy

aquí en Chamelecón

estoy solo con mi viejito jubilado

esperando

los disparos

que aniquilen mi penumbra

La visita íntima

Amor te he esperado tanto tiempo amor detrás de los barrotes
¿por qué hasta ahora tus besos de miel en mis pechos vuelven a ser
[caballos?
¿por qué mis correos no tenían más que muros de respuesta?

Te he esperado tanto
que mi jardín
se pobló solamente de cactus y serpientes
Era una astilla sin poder bailar
No pensé que vendrías ahora
que esta noche
al fin
entraría de nuevo a tus olas nocturnas

Estoy muy desaliñada perdona
Mi corazón no entiende de la brisa
ni de los árboles rojos en las aceras
ni mucho menos de la sinfonía de gladiolos
No sé qué se hace allá afuera
No sé qué es el mundo
¿Cómo rueda?
¿Cómo son las calles ahora? dime
¿Hay niños en los parques?
¿Hay cocodrilos disparando en las esquinas?
Acá solo ventanas y puertas que se cierran
gritos retenidos
cartas con tinta de rencor

dulcemente

dulcemente

Hazme volver al baile de los cometas en un cielo de claridad

San Pedro Sula

*Nosotros,
prisioneros de la ciudad-leprosario
donde el oro y la roña ulceran la vida*
«LA NUBE EN PANTALONES», VLADIMIR MAIAKOVSKI

«El chaleco antibalas es necesario»

me dijo un periodista

Y yo no le creí

San Pedro Sula

la ciudad de derrotas y huesos acumulados

de ambulancias

de cadáveres como frutos sobre el pavimento

de noches simulando serpientes

del ruido por la tisis escupido

«Aquí te regalan un ataúd en campaña política»

me dijo el periodista

¿Qué tormentas de pus escondes en tu vientre inflamado por tanta
[cocaína?

ciudad brasa

ciudad carbón

ciudad gasolina
ciudad trueno
ciudad flema
ciudad cucaracha
ciudad matadero de esperanzas
ciudad coro de mutilados
ciudad llaga
ciudad pólvora
ciudad orín
ciudad un hervidero de clavos
ciudad perra rabiosa
ciudad millones de alegrías decapitadas
ciudad fogón
ciudad bala de ira
ciudad hollín
ciudad con cal en las arterias
ciudad carnicería de venados
ciudad gangrena
huérfana de luna y de miel
huérfana de las melodías y de la suavidad del durazno
huérfana de brisa
¿qué te levanta?
¿qué sueños de campanas aún conservas en tus laberintos
[tatuados?
¿qué mano encontrará una caricia de talismán en vez de alacranes?
¿qué tardes te cobijarán con la vistosidad de las guacamayas?

«Es una ciudad muerta»
me dijo el periodista
y apagó su cigarrillo
Es un cráter del cual esperas salir con pocas heridas

«Esto es una enorme fosa común
que no cierra nunca»
me dijo el periodista
Siguió tomando apuntes frente a los cadáveres

Keysi en el barrio El Calvario

En el barrio
el cadáver pequeño de un ángel es encontrado
envuelto en una sábana
devorado por fieras que siguieron sus huellas por las noches

Ella
 uva de lata sin fulgor
 isla en la sangre putrefacta
 luna de cobre perseguida
por leones
un pequeño conejo estrangulado en descomposición

¿Dónde estaba Dios
mientras te penetraba el odio de las sierras eléctricas
y te arrancaban la sonrisa por rebanadas?
¿dónde el agua y la miel para tu cuerpo sin perfumes?
¿dónde las nubes para tu piel?

El dolor del tamaño de un país arde

No hay más dicha para mi boca
desde ese día que me cubrieron de ceniza y sal

Salían de mis glóbulos luciérnagas
risas como bandadas de pericos en el atardecer
pero todo eso ha terminado
fui condenada a esta muerte temprana sin saberlo
yo
un ángel que bailaba dentro de las tormentas
hoy
estoy atada a un ataúd de pequeñas dimensiones
blanco
en una habitación repleta de cirios y viejas con rosarios
que murmuran mi nombre caído al despeñadero

Aquí
solo habrá lágrimas y oraciones
—medallas oxidadas—

La madre del panadero

*No hay más corona de
espinas que los recuerdos
que se clavan en la carne*

«EL LAMENTO DE JOSÉ DE ARIMATEA», LEOPOLDO MARÍA PANERO

Desde ahora
mi corazón es hábitat de ripio y zopilotes
un cántaro de agruras en la noche

Hijo
te seguiré esperando en los atardeceres
como a ese pan que vos preparabas y repartías entre los cuchillos
Eras ese pan dulce con aurora que alimentaba mis melodías de
invierno
Ese pan que sabía al asombro de las mandarinas
Ese pan preparado por el cielo de tus ilusiones

Hijo
te cubrí
desde pequeño con mis ramas
y en mis cultivos fuiste adorado sol
el único río
el único puente
Pero ahora
 heme aquí
 inútil ante tu despedida definitiva
ante este canto fúnebre que me construye una cárcel

y me puebla de cardos el vientre
Heme aquí
como una hormiga
llorando frente al féretro de las desdichas
Heme aquí
con tu retrato como escudo
con tu voz envolviendo mi columna vertebral
con tu silueta que dibuja lágrimas

Estoy en esta casa de adobe y muebles carcomidos
con un patio al frente
con árboles raquíticos como mi espíritu
ya sin ti
ya sin tus hojas olorosas como el romero y el cilantro
Desde ahora
mi garganta reparte cenizas

¿Qué haré si este desconsuelo me cubre como una sábana de
rocas?

Alberto López Serrano

Nació en Entre Ríos, Colón, departamento de La Libertad, el 8 de enero de 1983. Profesor de idioma inglés y de matemáticas. Es miembro de Fundación Cultural Alkimia. Desde enero de 2008 coordina «Los Miércoles de Poesía» en la peña cultural de Los Tacos de Paco. Es director de la Casa del Escritor-Museo Salarrué.

Obra publicada

La Nave que falta (poesía, San Salvador, 2007)

Cien Sonetos de Alberto (poesía, San Salvador, 2009)

Y qué imposible no llamarte inglé (poesía, San Salvador, 2009; segunda edición, Soyapango 2010)

Montaña y otros poemas (poesía, San Salvador, 2010)

Domador de caballos (poesía, San Salvador, 2013)

Cantos para mis muchachos (poesía, San Salvador, 2014).

378 (Pyrra)

Tetis teje piedras con la arena.
Los bordes le desgarran la piel blanda de los dedos.
El pálido rostro perdido en los ojos del vacío.
Y los pies de plata mastican olas de purpurina
y de su propia sangre.

Hallaron los cabellos cortados en el lodo,
rubio vellón a destajo trasquilado.
¿Tres disparos en el tórax no bastaron, Ménades?
Le rasgaron el vestido y la sandalia azafranada.
Las uñas le quebraron y los dedos.
¿No saciaron, Ménades, con sangre el odio?
¿No retuercen la calle y sangre escurre?

Tetis se levanta gris entre las olas.
Abraza a las nereidas que han llegado y que le cantan.
Abraza los recuerdos que la queman.
Camina sola en la caliente arena.
Ruidosa cae al reclamar a Zeus...
Un río se abre paso hacia el océano.

Hija de Tetis, Pyrra Aquilea de veloces pies,
más rápido corrieron los disparos,
más rápido caíste en la acera sorda.
Y tu sangre...

Tetis desgarró su largo peplo.
Peleo arrancó la tierra con sus dientes.
Patroclos desgarró su amante corazón en mil astillas.
Las Ménades dirán “Matan hombre disfrazado de mujer”.
Las Ménades cantarán a su dios de odio en gratitud.

Aquilea de veloces pies, hermosa,
no sabrán desgarrar la lucha diaria que has dejado.
Verás que la sangre y purpurina generan más la lucha,
y con Peleo y Tetis llevaremos tu mensaje.
Las manos diversas se levantan.

Helena

No es Helena quien te está esperando
con dorados bucles en su alegre cara
cuando subas alto en los muros derrotados.
Verás la sombra de una idea,
el fantasma de un perro desquiciado que te ronda.
Te acercarás para sitiarlo
y sus dientes de niebla habrán de traspasarte.

No es Helena quien te espera.
Debió quedarse en Pafos, Tiro o Menfis.
Nunca estarás en Troya.

Sus murallas siempre han de caer bajo el látigo ciego de tus días triunfales.

No es Helena.

Tampoco te amaré morbosamente. No es Helena.

Será la mordida de un recuerdo,

la ficción de un encuentro que planeaste,

una jauría de lobos sobre el tejado azul,

en su boca negra verás a Casandra por fin muda en su advertencia loca,

en su boca negra verás a Hécuba llorar amargamente por ti.

No es ella.

Un reflejo masticado,

el eco débil de un grito contra el muro,

el golpe sordo del caer los velos en el mármol,

un lejano tambor que se congela,

sombras que bailan cuando el aceite en la lámpara se está acabando.

No.

¿Y después de la caída?

Hormigas devoran tu equipaje nuevo.

Un brindis,

y un perro sonrío como un dios dormido que no acepta libaciones ni jactancias.

Cuando subas por las Puertas Esceas,

cuando corras los velos para ver hacia abajo la llanura,

cuando se queme la luz sobre tu cara

y admires la sombra opaca de la idea que esperabas encontrar después del triunfo,

sabrás entonces que no es Helena quien te está esperando.

La nave que falta

El muelle bien construido me sostiene
y aguardo la salida de mi nave.
Mar y alto faro, ¿quién de ustedes sabe
por qué barca la espera me retiene?

Filas de naves sin final contiene
que al ojo pareciera más no cabe;
sin barca para el mar undoso y grave
sólo un espacio el triste muelle tiene.

Camino entre las velas que se agitan
por los vientos que al mar las precipitan
a buscar la brillante luz del día.

Impacienta a las naves la partida
y no encuentro mi nombre en la salida.
La que hace falta, ¿no es la barca mía?

El domador de caballos

Estás oculta en un rincón aparte.
A medio punto tejes casi a ciegas
un manto grueso, púrpura y muy largo,
salpicado de flores de colores
que has bordado mecánica, hábilmente.
Hebra en tus dedos pálidos: derecho.
Máquina ansiosa y perfección: revés.
Los trenzados adornos del tocado
apenas brillan al candil que lanza
su luz perdida... y alta la techumbre.
La sombra de tu velo casi inmóvil,
apenas sostenido en la diadema,
te enreda en la pared y te contiene.
¡Qué bello lo obtuviste de la diosa!
¡Qué alegre te veías de su mano!
¡Qué fuerte te abrazaba sobre el carro
mientras entrabas a vivir en Troya!
La médula del niño está en el plato.
Después se dormirá con la nodriza.
El ruido del fogón te reconforta.
El agua se calienta para el baño
cuando vuelva agotado de los golpes,
cuando tibio le laves las heridas,
cuando tibio lo mires a los ojos.
Ya bajo el fuego el trípode te anuncia
que dejes las agujas y tu manto,

y esperes destejerte entre sus brazos.
Apartas lento el velo de tu oreja,
pero no oyes las puertas que se empujan,
sólo un leve rumor que desde afuera
te va a romper el cráneo contra el muro.
La luz en el candil se descompone.
Ansiosa tiras todo contra el piso.
El agua hierve loca y pareciera
llamarte a voces no vayas afuera
mientras ya sin control se desparrama.
El fuego te ve ansiosa y descompuesta.
El fuego sabe que el feroz Aquiles...
El fuego bajo el trípode se calla.

Compañero

a Walt Whitman

Bello pastor del cántico liberto,
silvestre voz feliz del verso crudo,
también adoro al hombre que desnudo
nada en el río con latido abierto.

También sé que me adoras y lo advierto
en tu insondable carne que, a menudo,
está tumbada sobre el pasto mudo
viendo nadar mi cuerpo descubierto.

¡Oh compañero, abrasa mi locura,
yo abrazo tus caderas y cintura
que, libres, sin cesar, como cualquiera,

se entregan al placer desenfrenadas.
Oh amante de robustos camaradas,
también yo te amo a ti, como a cualquiera.

Y qué imposible no llamarte ingle

XXIV

¿En qué piensas cuando incendias a un arcángel con tu saliva
que de labio a labio bulle transparente?
¿En un beso no más?
¿En el húmedo trueque no más?
¿En arcángel que ansía calcinarse?
¿En las carbonizadas alas?

Yo pienso en el beso,
el trueque,
y que prenderme fuego es lo que ansío.

Por eso busco en tus labios la chispa que mi pólvora desate,
la chispa que me incendie todos los sentidos,

todas las costumbres.

¿En qué piensas al quemar las alas del arcángel?
No temas carbonizarlas,
hace mucho que me incomodan,
hace tanto que me estorban tal como quien dice “¿Y esas alas?”

Un beso ansío,
un trueque,
y un arcángel liberado en tu saliva.

Ya tengo la ilusión y la caída

XII

Arden todas mis células contigo
y tierra soy que canta fiel tu aliento,
y tan pequeño el corazón que tengo
para ofrecerte estancia y paraíso.

Ni tejados ni vítores ni puertas,
sólo canción de tartamudos bronces
que a cada aliento tocan tus canciones
como un jardín de abejas y alhucemas.

Como un reguero de pequeños soles,

te ofrezco mis luciérnagas, mi huerto,
una fiesta de nidos y panales,

lenguaje de cerezas, sin mis yoes,
telúricos latidos buscacielos.
Yo no te ofrezco miel: te ofrezco sangre.

Cantos para mis muchachos

145

¿Que si Hilas o Ganimedes?
Son muchachos ya trotados,
por los dioses repasados,
como si fueran Diomedes.
¿Que Eros? Mejor me concedes,
Kypris, a Esteban, que es puro
como Hipólito, y te juro
que casto como el mismo.
No me ofrezcas un abismo,
sino donde abrir seguro.

313

Bello Esteban de gráciles tobillos
que surges de la espuma y de las ondas,
el viento se deleita con tus rondas

y carreras marinas. Todo brillos,
bello, despiertas a mi ardor latido
hacia el fulgor de tus doradas piernas,
y plenas van tus bellas nalgas tiernas
y grandiosas ciñéndose al sentido.
Maliciosa en tus labios la sonrisa
y sensación entera tu mirada,
tu piel, Esteban, cálida y dorada
jugando con el mar y con la brisa,
pues por mucho eres hijo de Afrodita
y tu belleza, Esteban, lo acredita.

Manuel Ramos

Nació en Mejicanos, departamento de San Salvador, el 9 de septiembre de 1987. Licenciado en Letras. Fue miembro fundador del taller literario El Perro Muerto. Se dedica a la docencia y a la gestión cultural. Ha publicado en revistas impresas y digitales. Participó en las ediciones IX y X del Festival Internacional de Poesía organizado por Fundación de Poetas de El Salvador, en octubre de 2010 y de 2011, respectivamente. Algunos de sus poemas están incluidos en *Las perlas de la mañana siguiente* (San Salvador, 2012), antología del taller al que perteneció; y en el *Segundo índice antológico de la poesía salvadoreña* (San Salvador, 2014).

Con trescientos muertos de fuerza

Entonces con las manos en la boca
con ellas hasta los codos
Así con la garganta en celo
con los deseos cayentes
trago almas descubro huesos
Y regresa la distancia hinchada
Más tarde tengo las manos en tormenta
las saco de mi boca
con ellas los fantasmas los muertos las heridas
Con mis manos también regresa
un tornado de cuerpos
con él regresan mis muertos
todos los de mi estirpe
todos en los que he reencarnado
Mi boca está en parto
por eso salen cometas de mis ojos
Grito exhalo
Entonces mi boca ya no me pertenece
es un océano de doce árboles alados
una orquídea que simula miedo
y cae cae
hasta el fin de mi cuerpo

Todos están muertos
tirados como una sola criatura
entonces y solo entonces el grito regresa

todo sube y de nuevo
tengo labios.

Antes de que yo nombrara a Claudia

Todos recuerdan una melodía breve llamada Claudia.
Yo recuerdo algunos ojos, algunas frentes.
A las cuales les conté doscientas lunas.

A Claudia

La esperaban una colección de soles y tormentas desde mis labios.

Pero mi *paisito*

tenía otros dientes para adornar su garganta.

Tenía una cuna de ojos con más sed

que la sed de mis sueños.

Y se tragó su futuro.

Se tragó sus pasos y su sombra.

No sé adónde esté

Ninguna nube alcanza a traer sus lágrimas, si es que llora.

Claudia: hace algunas tormentas te busco frente a la iglesia,
yo también te esperaba.

Amargo en el recuerdo, dicen

La cabeza de Alexander se fue con su alegría.

Él, lejos de socavar el cielo con un ramo de golpes prendidos a su
[boca,
sostuvo magnolias sin nada más oscuro que su alegría.

Alexander,
en la floresta de esta tierra, descansa desde hace algunos días.
Ha crecido desde entonces,
como crecen los árboles,
a lo lejos se observa que con sus ramas tratan de tocar el cielo,
de pie, su paciencia y su tristeza crecen con él,
pero su fruto
será amargo en el recuerdo: como el presente, como el futuro.

Mi prima-hombre

A mi prima no la ama su padre.
No la ama su novio.
Porque es una mujer sencilla, de pocas palabras.

Porque antes de llamarse Clara soñaba con avispas en su nombre.
Con una piel más tibia entre sus párpados.

Mi prima es un ancla en la garganta de su madre.

Es un ser distinto a la muerte. Y le temen.

Y lo odian.

Ella es un nudo de músculos de otro espesor.

Es un pasillo de sombras.

Un hombre que duerme a medio cuerpo.

Mi prima tiene una voz más grave que conoce las cosas del mundo.

Pero su voz no le dará otra voz que espese con el tiempo.

No le dará un ser que repose en su corazón.

Mi prima

no conoce hijos, no conoce mucha gente.

Porque ella es clara.

Clara como su nombre.

Y su familia la recuerda

con más fuerza,

con otros vértices:

Muerto.

Nervio paladar

Mis manos huelen a jaula. A niña con cabello temeroso.
Así llega al cerebro. Onda de aceite.
Cuando hondo el corazón solo es graso.
No así mis manos que atraen manos a su sangre.

Como sangre de quince faldas, años cortos.
Mis manos traen un olor a celda en aceite de esperma.
Pero el aceite no madura.
No caliente. No es azúcar.
Ni migaja de alcohol.
No. El aceite no fermenta.
En mis manos de hierba es acero. Ave de asfalto.
Navaja. Pero no será más sol. Nunca más combustible.

Mis manos huelen a jaula.
Humedad de otro cuerpo es su voz
Dimensión donde luz es savia.
Cuando la piel también es diluvio y se agota
gota a gota por el corazón.

Mis manos. A ático resuena en sus huesos.
A manos en la zona oculta de la voz.
Aceite olor a niña con cabellos temerosos.
Mis manos tienen olor a soledad.
Olor a aceite.

Padre, has muerto, lo admito

Padre, cómo no ser tus manos
si ahora no existe nada que nos separe.
Te observo tranquilo, entre esas tablas que hacen más cercano
el invierno a mis ojos.

Cómo pueden decir que has muerto.

Nadie baja a tu cuerpo ahora.
Nadie se pregunta por qué sigues dormido
si la noche apenas te cubre los labios.

Cómo no ser tus manos, si este mundo te olvida a cada segundo.
Para qué preguntar por tus ojos, si solo duermes.
Para qué lamentarme si ya no despierto.

II

Han pasado varios años desde que no veo a mi padre.
Debo aceptar su rostro cubierto de silencio.

De espaldas al cielo

Mi padre no tenía nada y amaba su vacío.
Amaba el camino hacia el olvido,
las formas más torcidas del amor y sus dolores.

Cuando mi padre se marchó
iba de espaldas al cielo
como negando sus pasos,
como extrañando su tristeza.

Jonathan Velásquez

Nació en Quezaltepeque, departamento de La Libertad, el 8 de marzo de 1987. Abogado. Dirige la editorial Pirata Cartonera y se dedica a la promoción de valores literarios salvadoreños en Suramérica, adonde emigró en 2011. Fue miembro fundador del taller literario Quino Caso, de su ciudad natal. Es un autor comprometido con la realidad social.

Obra publicada

Herbario (poesía, San Salvador, 2007)

La catedral del genocidio (poesía, Quezaltepeque,
La Libertad, 2009)

Invisibles (antología de poesía salvadoreña, Caracas,
Venezuela, 2014).

Canto para revivir a una madre muerta

Yo canto con todos los muertos de la tierra
con todos los ojos de los niños muertos canto.
Hay que cantar mientras se pueda
canta mujer con esperanza
canta campesino tu miseria
canta niño el silencio de tu madre.
Cantemos todos la sonrisa del que parte para siempre.
Yo canto con todos los silencios
con cada lágrima que besa la tierra canto
hay que cantar todos juntos
alzar el puño
estallar los vidrios de todas las ventanas
gritar con fuerza el conjuro de la vida
buscar a Dios a la vuelta de la esquina
incendiar antiguos dioses con la ira de la muerte
llenar con nuestra sangre los cuatro puntos de la tierra.
Canta mujer que es necesario
cantemos juntos niño
como pájaro en vuelo
como montaña herida
como río brotando
como cascada en pleno bosque.
Cantemos todos que es lo único que queda
cantemos todos juntos niño
y veras que tu madre no ha muerto
que viene con la lluvia y con sus peces

que brota como fértil milpa de las entrañas de la tierra
también ella canta desde el otro lado del espejo
para que nosotros volvamos a la vida.

Cotidianamente

Dios también se emborracha,
pasa el invierno envuelto en cartones,
duerme bajo un puente,
camina por las calles y es víctima de un robo.
Sí, él también deambula por los parques
pide limosna en una esquina, hurga la basura
o es soldado en una guerra.
También él se fuma un cigarrillo,
va por la plaza en bicicleta disfrazado de niño sin infancia.
Va mugroso y harapiento
silbando por la calle con el estómago vacío.

Navidad del primer mundo

Aquí Santa Claus regala dulces a los niños
en mi país vende crack o marihuana
aquí Santa Claus maneja su trineo convertible último modelo
En mi país
camina con una escopeta entre las manos
para que nadie lo asesine...

Canto

Hoy quiero cantar el silencio de los niños
desde el otro lado del espejo
la tristeza sepia del anciano en los hospitales del silencio.
El odio del soldado que explosiona en la sangre de sus muertos.
Ahora quiero cantar la rabia
la injusticia la muerte de los pueblos...
Quiero cantar por aquellos que silenciaron para siempre.
Gritar con la voz de todos los que partieron con la lluvia
quiero cantar un canto que los reviva de la muerte
y les recuerde a sus verdugos
que la muerte también canta nuestro canto.

Los rostros de la ciudad

La ciudad es un infierno
de concreto negro
lleno de demonios de plástico y cabello oscuro
la ciudad es una mancha de humo gris
que apuñala los pulmones hambrientos de los niños.
La ciudad es una jauría de lobos invisibles
esperando la muerte de nuestros sueños
para despedazarnos a plena luz del mediodía
la ciudad no es más que un torbellino de lobos
disfrazados de ovejas en pleno infierno de concreto...

Semáforo I

Una mujer dibuja su sexo
con la sonrisa de su falda
el semáforo está en verde su sonrisa detiene el tráfico.

Semáforo II

Un anciano disfrazado de fantasma
pide una limosna en el semáforo
el semáforo está en verde nadie se detiene.

Semáforo III

Un niño fue atacado a tiros en la calle
el semáforo está en verde su sangre lo vuelve rojo.
Todos esperan el cambio de luces
nadie se detiene para saber si el niño aún respira.

Semáforo IV

Alguien murió en cualquier parte esta noche
el triste semáforo dibuja con el rojo corroído de su sangre
la sombra inolvidable de otro hombre de otro niño,
de otro anciano de otra madre en el asfalto.
Todos pasan... como olvidados signos nadie se detiene...

Asesinato

El hombre está muerto y no lo sabe aún,
rencor y odio navegan por sus putrefactas venas,
su corazón es devorado por gusanos
y sus labios mutilados por espadas fieras,
una negra esfera cubre su mente corroída,
la miseria carcome sus huesos y los buitres su cancerosa piel,
el hombre está muerto y no lo sabe aún
legiones de demonios hacen fiesta en sus pupilas,
la muerte fluctúa en el trapecio de su frente
y en un sorbo se bebe el infierno,
camina sin sentido va de un lado a ningún otro
se fuma su alma en una esquina,
muere despacio el hombre,
sin saberlo el egoísmo ha decapitado sus sueños.
Su reseca piel se traga al sol
y su espalda cansada es azotada por el tiempo,
el mundo emboscó su corazón, le asesinó a sangre fría.
El hombre está muerto y no lo sabe aún.

Niños muertos

Allá están nuestros niños
regalando sus sonrisas en los buses de la muerte
besando con el rostro de sus pies descalzos
los labios mustios de la calle
allá están nuestros niños quebrando con su llanto
el espejo de la sangre reviviendo con su grito horripilante
los demonios invisibles de la lluvia.

Dennis Ernesto

Nació en San Salvador el 16 de marzo de 1994. Estudiante de Letras en la Universidad de El Salvador. Fue el último miembro en integrarse al taller literario El Perro Muerto. Con su obra «Exhumación de la vida», obtuvo primer lugar en el V Certamen Centroamericano de Poesía Ipso Facto, convocado por Editorial EquiZZero, en 2015. Actualmente forma parte del grupo literario Tezcatlipoca.

Obra publicada

Exhumación de la vida (poesía, Soyapango, 2016).

Prácticas octogenarias

De todos los muertos en el periódico
mi abuela buscaba el del nombre más dulce
o el del más triste;
iba, recogía el cuerpo
y lo sembraba en el patio.
Así las cenizas perfumaban la casa.

El idioma del delirio

*Pero oigo tantas lenguas que gritan,
tantas lenguas que no se articulan en la boca,
tantas voces que no salen de los labios*

WALT WITHMAN

Hay muchas lenguas pegadas a mi garganta.
No recuerdo si brotaron juntas
o las arrastré desde algún sueño.

Golpeándose entre sí emiten sonidos:
la risa de mi padre,
el llanto de mi madre,
y el arrullo de la abuela.

Una sal en mi voz
fue enredándose en la saliva de todas esas lenguas,
se hizo espuma
derramándose en mi cuerpo.

Quemaron mi lengua todas las lenguas
el humo de sus restos escaló el cielo de mi cuarto.

La sentencia del frío

A Vladimir, Manuel y Roberto

*Pero el hombre es la técnica, desde el día que empuño un hacha para
luchar contra las fieras o un buril para escribir.*

CESARE PAVESE

I

Cómo descender a los dientes que secó la infancia
adónde encontrar nuestra saliva
si reducimos nuestro obituario a una sola palabra:
exhumación

II

Tenemos pequeños resguardos de amores que no caben en las
[manos,

los muñones de un padre con su mirada de abrazo ausente,
el glosario de nuestras pérdidas.

Intentamos salvar las manos
y el aliento de un cadáver,
único abrigo bajo el frío.

III

Limpiamos en los ojos de un perro
los nuestros.

IV

Quizá algún mendigo apuñale con su mugre el hambre
de los que preparaban nuestros funerales
en el vientre de los meses.

Ojalá nuestros nietos
extiendan cantos de ternura
en la espalda de sus corazones.

Hermanos, contemplemos ahora nuestras lápidas.

Ser un cirio para su propio ataúd

I

De rodillas voy a la dulce plegaria de mi madre.
Ha obsequiado sus párpados a la corona de la noche
a cambio que puñales no aniden en mi pulso.
Recuerdo cuando mi origen fue buscarme entre números y el vacío:
su proverbio limpió mi piel.
Ella formaba en su mirada un asilo de cristal
para las migajas violentas del tiempo.

II

Ebrio de las canciones lluviosas de mi madre
yo regresaré al joven crucificado
durante la enfermedad de todas las biblias,
en ese hogar extraño de la palabra.

Laberinto

Las fronteras sirvieron de sepulcros,
y los corredores angostos del calendario
albergaron a los hombres
que como el cáncer
migraron de una región a otra.

La noche era un país de búsquedas y encuentros;
un laberinto, el impulso que los hacía bestias errantes;
siempre fueron ese eclipse de cabezas heridas
magulladas por el vacío
a la hora de anclar sus lágrimas
en los párpados del desierto.

Serenata del difunto

De la cicatriz de mis años
emergieron mis nietas para trepar tus cabellos
iluminaban con lámparas el camino hacia su dolor.
Mezclaron mis lágrimas con ese líquido luminoso que escala tus
[huesos:
aparecían corazones de cristal en sus riñones.

Con mi nombre llamaban al viento.
Cantaron mi locura sobre tu cabeza
y en mis costillas bordaron un vestido de luto a tu abuela.

Abrigadas por mi pellejo
entenderán el mármol de los muertos
donde caben los gusanos más distinguidos y ordinarios,
donde la ausencia de la respiración lo deshace todo.

Octubre es la memoria

Ayer, la niebla de la tarde se congregó en el fuego que sostenían
[unas manos devastadas,
sus dedos se desmoronaban como un hormiguero por el viento.

Hoy el sol salió debajo de un caldero
sin esperar que la madrugada cantara los gallos.
Desde anoche,
es un invierno interminable el del fuego en este país.
Para sobrevivir los campesinos encenderán los cañales
y verán caer las cenizas como una tormenta de nieve.
Este es el invierno que conocerán nuestros nietos.

Sin embargo, esta época inició en otras quemas.
Un pequeño observó el origen de este invierno desde un autobús en
[llamas,
el sonido de su cuerpo calcinándose

apagó el verde de las hojas en los árboles cercanos.
De sus huesos solo quedó un humo denso,
una nueva bandera para esta patria
de la ceniza eterna.



Vladimir Amaya (San Salvador, 1985) es licenciado en Letras por la Universidad de El Salvador. Ha publicado los poemarios *Los ángeles anémicos* (2010), *Agua inhóspita* (2010), *La ceremonia de estar solo* (2013), *El entierro de todas las novias* (2013) y *Tufo* (2014). Además, las antologías *Una madrugada del siglo XXI* (2010), *Perdidos y delirantes: 36-34 poetas salvadoreños olvidados* (2012), *Segundo índice antológico de la poesía salvadoreña* (2014) y *Torre de Babel. Antología de la poesía joven salvadoreña de antaño* (2015). Se dedica a la docencia e imparte talleres de escritura.



Ediciones Alastor